

## *Cuba, 1898: Reflexiones en torno a los imaginarios nacionales y a la continuidad*<sup>1</sup>

CONSUELO NARANJO OROVIO  
Centro de Estudios Históricos, CSIC

En los últimos años han aparecido algunos artículos que plantean nuevas visiones sobre el proceso de formación de la nacionalidad cubana, o bien revalidan las tesis defendidas en las últimas décadas (1970-1990), cuyo objetivo final condiciona la articulación del discurso y los aspectos analizados. Mientras que unos se detienen en valorar los componentes étnicos y culturales que conformaron la nacionalidad cubana, otros se ciñen al estudio mismo del proceso y, sobre todo, al resultado de él. En el debate abierto en torno al concepto de cubanidad, definido por primera vez por José Antonio Saco, los historiadores han marcado distintos contenidos y metodologías para su estudio; en sus obras el lector encontrará un enfrentamiento explícito, pero no así citas en las que abiertamente se comente la obra de los autores a los que se hace referencia. Josef Opatrny, en varios trabajos, mantiene que el reformismo fue una actividad que, formulada en oposición al anexionismo, ayudó a crear entre los criollos una conciencia unitaria y a marcar las diferencias con los españoles, y si bien el sentimiento de lo propio y diferente se generó frente al español, como indican otros autores como Louis Pérez, en el mismo juego existía otro opositor, Estados Unidos. Asimismo, Josef Opatrny considera que la cubanidad se define en varios conceptos dicotómicos como criollo-peninsular, blanco-negro, etc., y re-

---

<sup>1</sup> Trabajo realizado dentro del Proyecto de Investigación PB96-0868, financiado por la DGES. Una primera versión más amplia fue presentada al Congreso Internacional «El Conflicto de 1898: Antecedentes y consecuencias inmediatas» (Puerto Rico, 1998).

El origen de este artículo se encuentra en las lecturas de los últimos estudios historiográficos de Elena Hernández Sandoica, en los cuales hay interesantes claves de análisis que nos invitan a reflexionar sobre mitos y concepciones manejados en la historia de las relaciones hispano-cubanas tras el 98. Véanse sus artículos «La historiografía reciente acerca de los españoles en Cuba (siglo XIX): comercio, emigración, negocios y finanzas», *Historia y Sociedad*, San Juan de Puerto Rico, núm. 9, 1997, pp. 149-170, y «Cuba en el período intersecular: continuidad y cambio», *Lateinamerika-Studien*, Erlangen-Nuremberg, núm. 39, 1998, pp. 153-170.

Asimismo, agradezco las lecturas y comentarios que han realizado de este texto Josef Opatrny, Antonio Santamaría, Miguel Puig-Samper y Salvador Bernabéu.

salta la dialéctica criollo-europeo como la principal que da contenido a la cubanidad, en la que se impone el segundo elemento. A la vez que critica a quienes, buscando la cubanidad, se restringen a señalar qué metodología es necesaria seguir en su estudio. Frente a esta tesis, los últimos estudios sobre el tema, obra de Eduardo Torres-Cuevas, abordan la cubanidad analizando las distintas etapas de concienciación de los criollos y la formación del concepto «patria», entendido como una «patria local» que dio lugar al de «patria nación». La formulación de esta «patria nación» como patria de los «cubanos» le permite fundamentar la existencia en Cuba de una patria y un pueblo, que logró expresarse a través de la Revolución de 1959. Sin dar una definición de los elementos que componen la cubanidad, se basa en ésta para presentarnos a «los cubanos», sin estudiar sus componentes étnicos ni sociales, como la comunidad histórica que, con un proyecto cultural, a lo largo de los siglos ha conseguido ser la protagonista: es la «patria popular» que consiguió por fin derrotar en 1959 a los otros conceptos de patrias o naciones posibles<sup>2</sup>.

Por otra parte, otros estudios inciden en definir la comunidad histórica y el proyecto cultural que sustentó o que ejerció mayor peso en el proceso de formación de la nacionalidad. La valoración desigual de los distintos componentes que actuaron en la gestación de la cubanidad se observa en dos artículos publicados en Cuba y en Puerto Rico, en los que sus autores se decantan el primero a favor de la herencia hispana fundamentalmente, mientras que el segundo prioriza los procedentes de Estados Unidos. Ambos artículos nos sirven para acercarnos al complejo problema de la creación del imaginario/ imaginarios nacional/nacionales y a la definición de la identidad cubana. La afirmación de Ibarra sobre el «carácter coyuntural» de la influencia norteamericana en el proceso de formación cubana, se contradice en parte con lo apuntado por Louis Pérez quien destaca cómo la emigración cubana a Estados Unidos en el siglo XIX «hizo las veces del crisol de la nación, en el que se forjaron y adquirieron forma definitiva muchos de los elementos más vitales de la nacionalidad cubana»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Josef Opatrny, «Algunos aspectos de la formación de la nación cubana», *cit.*, 1994; E. Torres-Cuevas indica que los conceptos patria, pueblo y revolución son fundamentales para estudiar la historia de Cuba; unos conceptos que Martí llenó de contenidos en tanto que el marxismo permite «instrumentalizarlos» como instrumentos de análisis. Eduardo Torres Cuevas, «Patria, pueblo y revolución: conceptos base para la historia de la cultura en Cuba», *Nuestra común historia. Cultura y Sociedad*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1993, pp. 1-22; «En busca de la cubanidad (I), (II) y (III)», *Debates Americanos*, núms. 1, 2 y 3, La Habana, 1996-1997.

<sup>3</sup> Jorge Ibarra, «Herencia española, influencia estadounidense (1898-1925)», *Nuestra Común Historia. Sociedad y Cultura*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales-ICI, 1995, pp. 16-39, y Cuba: 1898-1921. *Partidos políticos y clases sociales*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1992, p. 112; Louis J. Pérez, «Identidad y nacionalidad: las raíces del separatismo cubano, 1868-1898», *Op. Cit.*, núm. 9, Río Piedras, 1997, pp. 185-195, p. 187; véanse los trabajos de Josef Opatrny, *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, Praga, *Iberoamericana Pragensia, Supplementum* 3, 1986; *US Expansionism and Cuban Annexationism in the 1850s*, Praga, Universidad Carolina de Praga, 1990; «Algunos aspectos del estudio de la formación de la nación cubana», en Consuelo Naranjo y Tomás Mallo (eds.), *Cuba, la perla de las Antillas*, Madrid, Ediciones Doce Calles-CSIC, 1994, pp. 249-259.

El problema se traslada a finales del siglo xx y se presenta como una reflexión histórica en la que a menudo se omiten y relegan determinados elementos con tal de obtener el fin deseado. La proyección y lectura política de algunos de estos textos no tiene duda alguna, como tampoco ofrece duda el contenido ideológico de los mismos. La construcción de una sola Cuba a partir de una comunidad nacional, que efectivamente logró realizar su proyecto de «pueblo-nación», contrasta con otras elaboraciones como la creación de una Cuba norteamericana o, mejor dicho, *otra* Cuba en la que los elementos de la cultura material norteamericana tuvieron un peso mayor en la consolidación de la nacionalidad, así como una Cuba hispana, en la cual aparecen, a distinto nivel, otros elementos constitutivos procedentes de Estados Unidos y de las culturas africanas. La posición de Ibarra con respecto a la colectividad española, en el artículo de 1995, se vuelve más contemporizadora al afirmar que «...en cuanto a los pequeños propietarios y comerciantes, predominantemente españoles, debe señalarse que su presencia no constituyó un obstáculo al proceso de integración nacional», frente a lo apuntado en el libro publicado unos años antes (1992) en el que se describía a esta colectividad como «verdadero valladar» para la penetración de la conciencia nacional.

En esta ocasión nos centraremos en las dos últimas construcciones, norteamericana e hispana, ya que en ellas se encuentran los elementos que fueron manejados con mayor fuerza en la elaboración del imaginario nacional cubano de las primeras décadas del siglo xx, al cual limitaremos nuestro análisis. Ambas presentaciones nos permiten estudiar cómo las imágenes son manejadas y elegidas en función de la visión que de la sociedad se quiere proyectar. Son imágenes parciales, aunque una más que la otra, del fenómeno de la identidad nacional, pero, no porque los elementos que manejan sean parciales, son menos reales y evocan planteamientos esgrimidos a comienzos del siglo que termina. Quizá el problema estriba en el proyecto nacional y cultural que hay detrás de cada planteamiento, si bien ambos fueron reales y se manifestaron con distinta fuerza a lo largo de la primera mitad del siglo xx en Cuba. Ambas construcciones son espejos donde se reflejan las aspiraciones de los grupos que las formulan. Pero además ambos textos nos invitan a reflexionar sobre los conceptos de nacionalidad esbozados en los siglos xix y xx por intelectuales cubanos, como José Antonio Saco y Fernando Ortiz, y nos animan a indagar en los miedos y recelos que invadieron todo el proceso de construcción nacional cubana. Un proceso en el que los imaginarios fueron cambiando en función de los momentos, de las élites que los formulaban y de los elementos que los integraban: el miedo al negro, el fantasma de la negritud, el temor a la barbarie y a la africanización, la búsqueda continua, a finales del siglo xix, del paradigma del progreso y de la civilización, la aprensión a la absorción por Estados Unidos, la lucha contra la desintegración nacional como consecuencia de la llegada continua de inmigrantes —sobre todo españoles—, y el rechazo por parte de algunos intelectuales a la política económica de Estados Unidos en la Isla, fueron algunos de los procesos a los que nos referimos.

Nuestro estudio sobre la construcción del imaginario nacional elaborado por la elite intelectual (blanca) en las dos primeras década del siglo xx en Cuba lo basaremos en el análisis de los elementos que fueron elegidos como integrantes de dicho imaginario, así como en el estudio de los instrumentos que lo legitimaron. La ciencia y, en concreto, la antropología criminal y la medicina fueron las que proveyeron de contenido formal a este imaginario. Sus argumentos sirvieron para reforzar el sentido restringido que la elite quiso dar a la nacionalidad cubana, presentando o, mejor dicho, elaborando un imaginario nacional excluyente, en el que, sin fractura aparente, se había transitado de la colonia a la república sin brechas y dentro de la más pura continuidad; una continuidad que ayudaba a legitimarse. La presencia de destacados médicos en cargos de alta responsabilidad en la administración del Estado durante estos primeros años, como Francisco Menocal, Juan Guiteras o Rafael J. Fosalba, ayudó a consolidar ese proyecto nacional excluyente.

Por otra parte, el control social y policial del individuo en estos años se incrementó gracias a la aplicación de la antropología criminal. Las nuevas técnicas y conceptos procedentes de la criminología se sumaban a la ya rígida estratificación social y antropológica de los individuos, dando como resultado un férreo control sobre las poblaciones no blancas, que presentaban a juicio de estos lombrosianos determinados rasgos atávicos que hacían de estos individuos criminales natos o en potencia. A ello hay que añadir el papel desempeñado por la prensa, al publicar noticias sobre las ceremonias salvajes y los rituales practicados por los negros brujos, en los que a menudo se sacrificaban niños blancos. Qué duda cabe que los informes policiales sobre la delincuencia y las denuncias en los periódicos sobre los crímenes de los ñañigos o de otras sectas contribuyeron a contrarrestar el protagonismo que la población de color había tenido durante la última guerra de independencia.

Se quiere así crear una comunidad similar a la anterior, donde la elite blanca sea el grupo de poder económico y político, y en la que el ordenamiento social no se altere. Una comunidad heredera del pasado inmediato, en la que el choque y el trauma de la guerra del 98 se amortiguen a través de un proceso de continuidad, que pese a que sí hubo algunos elementos que la propiciaron, en algunos aspectos económicos y sociales, no es tan lineal como sus protagonistas quisieron que fuera, apreciándose algunos factores discordantes que rompen el hilo continuista. Para nuestro estudio partimos del reconocimiento del peso de la herencia española, de las tradiciones y de la cultura popular hispana en la sociedad cubana, una sociedad mucho más española culturalmente que lo que arrojaba el porcentaje de la población española en Cuba en el Censo de 1899, en el que representaba algo más de un 8%. El análisis de esta influencia tanto económica como cultural se ha abordado en otros trabajos más generales sobre la inmigración española en la Isla, a los cuales remitimos, y en los que se abordan problemas tales como la formación de redes empresariales, la presencia de la burguesía hispano-cubana en los principales centros

comerciales del país, la contribución de la inmigración española al crecimiento demográfico, entre otros<sup>4</sup>.

En este imaginario encontraremos rasgos contradictorios que trataron de hacerlos coincidir, de ahí que el discurso a veces sea dicotómico y plantee a distintos niveles la integración de los diferentes factores, hispano, norteamericano y cubano. En este proceso, en el caso cubano, sigue pesando la especificidad respecto a otros países americanos. El cambio de soberanía, el resentimiento y los recelos hacia la herencia colonial, la esclavitud mantenida hasta 1886, el peso demográfico de la población de color —en 1899 representaba el 33% de la población, en los años siguientes, 1907 y 1919, siguió siendo de un 30,3% y un 27,7%<sup>5</sup>—, la intervención norteamericana, la fuerte presencia económica, social, cultural y demográfica de la inmigración española y el peso de su colectividad provoca que la continuidad tenga que ser analizada en dos niveles. Por una parte el imaginario nacional apunta hacia la continuidad, en términos de exclusión; por otra, en las corrientes profundas de la sociedad, en el pensamiento, en la cultura material y popular y en la economía, sí se encuentran elementos que propiciaron esa continuidad y que fueron tomados por la elite. Unos elementos que, si bien fueron muy fuertes, no por ello fueron los únicos, aunque sí los manejados por la elite. En su discurso la elite toma algunos elementos de la cultura material norteamericana asimilados en Cuba a los que incorpora los hispanos con sumo pragmatismo y tratando que las dicotomías entre hispano-latino y anglosajón sean concordantes. Las inauguraciones de monumentos, las celebraciones conmemorativas o la exaltación de los héroes se encargarían de transmitir también a otras clases el imaginario na-

<sup>4</sup> Entre las últimas publicaciones que ponen de relieve el peso de la colectividad española en Cuba, y la influencia de la herencia española, se encuentran los trabajos de Jorge Ibarra, «Herencia española, influencia estadounidense (1898-1925)», *cit.*, 1995; Alejandro García Álvarez, *La gran burguesía comercial en Cuba, 1899-1920*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990; C. Naranjo, «La población española en Cuba, 1880-1953», *Cuba, la perla*, *cit.*, 1994, pp. 121-136; «En búsqueda de lo nacional: migraciones y racismo en Cuba (1880-1910)», en C. Naranjo, M. A. Puig-Samper y L. M. García (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, Doce Calles, 1996, pp. 149-162; Alejandro García y C. Naranjo, «Cubanos y españoles después del 98: de la confrontación a la convivencia pacífica», *Cuba 1898*, Monográfico de *Revista de Indias*, núm. 212, Madrid, 1998, pp. 101-129; C. Naranjo y Alejandro García, «La tradición española en Cuba después del 98», *La Rábida*, Huelva, 1998 (en prensa). Véase también el balance realizado por Elena Hernández Sandoica, en el prólogo a J. A. Blanco y C. Alonso, *Presencia castellana en el Ejército libertador cubano (1895-1898)*, Valladolid, 1996, pp. 7-23; M. Antonia Marqués, *Empresas y empresarios en las entidades industriales menores de Cuba (1870-1920)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Autónoma, 1998. De la misma autora véase «El empresariado español en la industria no azucarera insular (1880-1920)», *La nación soñada...*, *cit.*, 1996, pp. 251-265; y los trabajos de Doria González, «1895-1898. La guerra económica y su efecto en el tabaco», *La nación soñada...*, 1996, pp. 305-316; «Empresarios asturianos del tabaco en Cuba. Siglo XIX», en Jorge Uría González (ed.), *Asturias y Cuba en torno al 98. Sociedad, economía, política y cultura en la crisis de entresiglos*, Barcelona, Labor, 1994, pp. 57-72.

<sup>5</sup> Alejandro De la Fuente, «Race and Inequality in Cuba, 1899-1981», *Journal of Contemporary History*, vol. 30, núm. 1, London, 1995, pp. 131-168.

cional<sup>6</sup>. En estas manifestaciones, como en la novela, aparecen las dicotomías y contradicciones que conformaron este imaginario, que por fin legitimaba el diseño que de la nación se había configurado desde el siglo XIX. En la formulación moderna del nacionalismo moderado cubano, en su vertiente autonomista, la nación proyectada desde un punto de vista social y cultural se basaba en una sociedad integrada por individuos blancos, quienes se suponía eran los portadores de la cubanidad. La articulación de la nacionalidad se hizo, pues, a partir de la «raza», que por otra parte actuó como eje de las relaciones políticas, sociales y culturales. En el diseño de esta nacionalidad y de la nación futura, en pro de la cohesión nacional, se buscó la unidad racial como símbolo y fundamento de dicha nacionalidad, con lo que se llegó a equiparar la raza con la nación. Esta conceptualización de la raza, de la nación y de la nacionalidad se proyectó al siglo XX tanto en las esferas sociales y culturales como en la política, en la que los autonomistas estuvieron presente y tuvieron una influencia notable<sup>7</sup>.

El otro factor que pesó en la creación del imaginario fue la oposición a Estados Unidos; una oposición no tanto económica por parte de la élite como, en gran medida, cultural. Ello no quiere decir que rechazaran toda la cultura material norteamericana, de la que asimilaron determinados elementos a lo largo de los siglos XIX y XX, sino que se opusieron a la absorción cultural del gran país del Norte, y de ahí las contradicciones que hallamos en los discursos de estos años, en los que la tradición hispana y lo esencialmente cubano se conjugan con pragmatismo con los conceptos propios de modernidad procedentes de allí.

Después de casi treinta años de guerra la mayoría de la sociedad estaba dispuesta a la concordia, aunque no al olvido. En el proceso de paz y reconcilia-

<sup>6</sup> En los últimos años han aparecido algunas monografías, libros colectivos y artículos que enfocan el problema de la construcción nacional a través de la creación de imaginarios nacionales, en tanto que otros analizan la manipulación de las clases subalternas y grupos marginados en los discursos, sobre todo cuando estas clases están integrados por grupos étnicos diferentes al blanco. En los países andinos son muy interesantes los trabajos que nos hablan de las imágenes reelaboradas del indio en distintas épocas y coyunturas y su incorporación a la memoria histórica. Cecilia Méndez, *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*, Lima, 1993; Blanca Muratorio (ed.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, Siglos XIX y XX*, Ecuador, Flacso, 1994; François-Xavier Guerra, *Mémoires en devenir Amérique Latine XVI-XX siècle*, Maison des Pays Ibériques, Bordeaux, 1994; Marta Irurozqui, «La masacre de Mochoza, 1899: la (re) invención de una tradición», *Revista Andina*, núm. 22, Cuzco, 1993, pp. 163-200; «Sobre caudillos, demagogos y otros «males étnicos». La narrativa anti-chola en la literatura boliviana, 1880-1940», *JAHBUCH*, 1998 (en prensa); Mónica Quijada, «La Nación Reformulada. México, Perú, Argentina, 1900-1930», A. Annino, L. Castro Leiva y F. X. Guerra (dirs.), *De los Imperios a las Naciones. Iberoamérica*, Zaragoza, Ediciones Ibercaja, 1994, pp. 567-590; «Los orígenes indoeuropeos de los Incas, o los usos de la Historia en el siglo XIX», en Enrique González González (ed.), *Historia y Universidad*, México, Ediciones de la UNAM, 1996, pp. 163-185.

<sup>7</sup> En otro trabajo hemos expuesto las interacciones entre las posiciones intelectuales de los autonomistas, su idea de nacionalidad y su proyecto de nación: Luis Miguel García y Consuelo Naranjo, «Intelectualidad criolla y nación en Cuba, 1878-1898», *Stydia Histórica. Historia Contemporánea*, vol. 15, Salamanca, 1997, pp. 115-134.

ción entre las dos colectividades, además de los intereses económicos y las redes familiares estrechas y profundas constituidas entre españoles y cubanos, se utilizaron otros conceptos, con los que se pretendía unir a ambas bajo el lema de la «gran familia latina». La construcción de este imaginario, a partir de una comunidad histórica supuesta y abanderada por la «familia latina», es frecuente encontrarla en los años inmediatos al término de la guerra, especialmente en aquellos momentos en que surgía alguna desavenencia entre cubanos y españoles, a través de la cual no sólo se presentaba a ambas comunidades como una sola, sino que se daba a la sociedad cubana un contenido histórico y racial muy concreto, capaz de contraponerla a la anglosajona. Esta llamada al continuismo en pro de la «raza hispana» fue utilizada a menudo por *El Diario de la Marina*, mientras que otros escritores prefieren hablar de «proto-plasma latino», como Francisco Carrera Jústiz<sup>8</sup>. El aspecto más interesante de sus escritos es la imagen continuista que de la sociedad cubana se quiere proyectar, y para lo cual recurre el autor a identificar cualquier elemento cubano como español y a negar la existencia de cualquier manifestación autóctona en la isla. Valora al cubano como una «rama del viejo tronco español pero nutrido de su savia más característica, la romana», omitiendo cualquiera de los otros elementos que no fueran los hispanos, por lo que el cubano, afirmaba, era idéntico al español, incluso «el español más puro de América —y agregaba— no menos español que los de España». En esta construcción no sólo negaba la existencia de una identidad cubana, sino también la de una historia propia y diferente a la de España. La comunidad histórica sobre la que basaba su proyecto contribuía a la estabilidad —continuidad— en la república, a la vez que afianzaba la identidad cultural frente a la penetración norteamericana.

Como apuntábamos al inicio, en esta ocasión nos limitaremos a evaluar los factores que propiciaron este tránsito y las pautas que, heredadas del siglo anterior, marcaron fuertemente determinados aspectos sociales y culturales. El imaginario formado en estos primeros años recrea los miedos y deseos de la élite por delimitar la nacionalidad a los portadores de una cultura blanca. Es un imaginario coronado por estos deseos de lograr una Cuba blanca, en la que el elemento de color se trata continuamente de omitir, de olvidar y en ocasiones incluso de eliminar, y de ahí que se quiera seguir manteniendo la misma idea de nación que defendían algunos sectores del siglo XIX como los autonomistas, algunos de los cuales, por otra parte, fueron todavía actores políticos del Estado cubano en el siglo XX.

Asimismo, había otros factores contradictorios y discordantes con la sociedad soñada, como fueron la estructura económica y la dependencia del exterior. El nacionalismo cubano no sólo se vio truncado por los deseos de continuidad, sino también por los intereses económicos de la élite. Pero en nuestro análisis es preciso recordar que el proyecto continuista se reforzó por la oposi-

<sup>8</sup> Francisco Carrera Jústiz, *El municipio y los extranjeros. Los españoles en Cuba*, La Habana, Librería e Imprenta «La Moderna Poesía», 1904.

ción cultural a Estados Unidos. Con todos estos elementos tendríamos que adentrarnos en el origen, los significados y los objetivos que se quisieron alcanzar con el mito hispano (o mito de la continuidad), teniendo en cuenta que todo mito es reflejo de la estructura de la sociedad. Y cuando hablo de mito hispano me refiero a la utopía de conseguir y preservar una sociedad en la que la población y la cultura blancas fueran las dominantes, y en ningún momento lo hago en términos políticos o de cultura política. Pero al igual que el mito es el reflejo de las estructuras sociales, la imagen que una sociedad ofrece sobre otro pueblo, sobre España en este caso, o sobre Estados Unidos, habla más de cómo es esa sociedad que sobre la imagen en sí. España fue en muchos casos el referente, en ciertos momentos el «otro», y en nuestro estudio fue el espejo donde se reflejan, por lo que la imagen que se proyecta es más la de los propios cubanos que la sostenían que la de España<sup>9</sup>. Por otra parte, hay que tener en cuenta que este imaginario social y cultural recreado por la élite se combinó con frecuencia con otras corrientes de pensamiento, que vieron en 1898 el fin de la represión y la llegada de la libertad. Este imaginario no es exclusivo del grupo de hispanistas y en él participaron otros intelectuales que, pese a sobrevalorar la llamada «raza hispana», no por ello dejaron de criticar la actuación de la antigua metrópoli y, en parte, también la herencia colonial. Es por ello que a veces es difícil establecer fronteras entre las utopías, los sueños y los imaginarios sociales ideados por diferentes grupos, ya que algunos de sus creadores participaron en más de uno, en un momento tan difícil como el que abordamos, en el que los cubanos se enfrentaban con un pasado, un futuro incierto y un Estado nacional por construir.

Como respuesta a este proyecto, algunos intelectuales y políticos expresaron su malestar y sus críticas en escritos políticos, ensayos y obras de teatro y novelas durante estos primeros años republicanos. No sólo era una lucha contra la dependencia económica o contra la absorción cultural de Estados Unidos, era una búsqueda de esa identidad que creían no fraguaba por la confluencia de elementos discordantes, que impedían la cohesión. Los españoles, la fuerte presencia hispana, fue uno de estos elementos, a la vez de ser uno de los factores básicos de aquella misma identidad y haber sido elegido por quienes pretendían crear un puente entre la etapa colonial y la república<sup>10</sup>. Las manifestaciones en contra de lo hispano, al menos las demandas de sectores no anexionistas, deben enmarcarse en este contexto. En este sentido son de gran riqueza algunas obras de teatro y de la novela social, en las que la sociedad cubana se presen-

<sup>9</sup> En este trabajo no abordaremos las distintas y variadas visiones que existieron en Cuba sobre España al término de la colonia, por lo cual dejamos a un lado, ya que es ello es otro tema, la polémica desencadenada al comparar los modelos español y norteamericano y sus grados relativos de progreso y arcaísmo.

<sup>10</sup> Distintas valoraciones del pasado hispano y de la herencia española pueden encontrarse sucesivamente en las obras de un mismo autor. Véase J. Ibarra, «Herencia española, influencia estadounidense (1898-1925)», *cit.*, 1995, y *Cuba: 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*, *cit.*, 1992.



ta a través de sus tipos más característicos. En el llamado teatro bufo cubano «el gallego», «el negrito» y «la mulata», a veces acompañados por «el isleño» (el canario), fueron continuamente protagonistas de novelas cómicas y de enredos en las que el gallego, por sus falta de inteligencia y codicia, durante gran parte de la obra era objeto de burlas y engaños. Con una crítica más aguda y fina la novela social lamentaba que Cuba continuara siendo tierra de explotación y ponía a menudo como ejemplo la actitud orgullosa del inmigrante español<sup>11</sup>.

## MITOS Y TIPOS SOCIALES DE LOS IMAGINARIOS

El mito del hombre blanco, que a menudo se equiparó a hispano o español, como el único portador de cultura y civilización, moldeó la cultura popular y empapó a toda la sociedad. Reflejo de una parte de la realidad, se fue consolidando merced a las bases que lo sustentaban, como fueron la continua inmigración española, que contribuyó a que el proceso de hispanización en Cuba fuera continuo, y la persistencia de una mentalidad dominante heredada del siglo XIX, en la que siguió siendo manipulado el miedo al negro, ésta vez convertido directamente en una posible «guerra de razas».

El mito de la sociedad blanca, del hombre blanco como verdadero representante del hombre cubano, chocaba contra la realidad étnica y cultural, a la que reducía en un intento de apartar de la escena cultural oficial a un elevado porcentaje de la población. La exaltación de la zarzuela y otros géneros típicamente españoles como gustos principales de ocio de la sociedad cubana contrasta con el rico folklore afrocubano, que quedó relegado hasta décadas posteriores. Hasta la década de 1920, como apunta Jorge Ibarra, las manifestaciones culturales no reflejaron en su totalidad la cultura nacional cubana; los valores populares, el negro, el mulato y, en menor medida, el campesino estuvieron ausentes de estas representaciones, a excepción de la música de Manuel Samuell, Ignacio Cervantes y Eduardo Sánchez de Fuentes, que ayudaron a formar una música de carácter nacional<sup>12</sup>. La denuncia de los peligros que para Cuba y sus habitantes conllevaban las inmigraciones de individuos no blancos, a los que en general se imputaba el proceder de lugares infectados y ser portadores de enfermedades ya erradicadas en la isla como la viruela, el paludismo o determinados parásitos, superó los aspectos puramente sanitarios e higiénicos, hasta llegar a decirse que dichos inmigrantes no blancos ponían en peligro el orden nacional, ya que su presencia y cultura reducía

<sup>11</sup> Jesús Castellanos, José Antonio Ramos o Carlos Loveira son, entre otros, representantes de la narrativa costumbrista de los primeros años de la república. Jorge Ibarra, *Análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1985; Eduardo Robreño, *Como lo pienso lo digo*, La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 1985; Rine Leal, *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1982.

<sup>12</sup> Un estudio exhaustivo sobre este tema es el de Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.

el grado de civilización alcanzado en el país. Una vez más se echaba mano de los intelectuales decimonónicos, y se ponían como ejemplo las palabras de José Antonio Saco con respecto a la necesidad de controlar definitivamente la entrada de negros africanos como medio de lograr no sólo su descenso numérico, sino como la única fórmula que posibilitaría la entrada de blancos «... con ellos a la vez que se aumentará el número de amigos, se disminuirá el de enemigos»<sup>13</sup>. Al igual que en el siglo anterior los negros y los chinos, ahora como asalariados, fueron considerados de forma abierta como factores perjudiciales de retroceso social.

El hombre blanco seguía siendo el colono ideal en un país en el que la diversidad étnica era la característica más sobresaliente. ¿Cómo entender si no la afirmación del médico Juan Guiteras, en 1913, sobre el prototipo ideal del hombre cubano? Para Guiteras, el hombre sano y equilibrado era el campesino blanco cubano, asentado en los campos de Camagüey. Esta provincia era la que conservaba el prototipo al que Guiteras consideraba verdadera alma del pueblo cubano, ya que, dice Guiteras, sus campos de caña y café «no fueron invadidos por los negros», y donde se observa «el tipo más hermoso de la raza blanca en Cuba; altos, bien formados, de ojos claros, fina tez blanca, tostada por el sol, y de pelo negro»<sup>14</sup>.

En la creación del mito y su transmisión también contribuyeron las historias nacionales. El historiador Ramiro Guerra, en el libro *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, publicado en 1924, afirmaba que la inmigración española era el factor que «había reforzado el núcleo básico de la nación» frente a la alteración extraña y amenazadora que representaba la inmigración antillana para la formación del espíritu nacional. Como indica Arcadio Díaz Quiñones, en la «historia patria» de Ramiro Guerra el pasado entronca con el presente y con el futuro; un presente en el que la forja de la nación debe apartar a los individuos no deseables y asentar sus bases sobre la pequeña propiedad privada, con un campesinado blanco, estable y nacional<sup>15</sup>. En su creación del pasado Guerra, como otros intelectuales desde sus respectivas esferas, atacaba los dos peligros más inminentes para la consolidación de la nacionalidad y de la nación en Cuba, es decir la población e inmigración no blanca y el expansionismo norteamericano, al considerar al latifundio azucarero una amenaza para el mantenimiento de los cimientos hispano-criollos.

<sup>13</sup> Jorge Le-Roy y Cassá, *Inmigración Anti-Sanitaria*, La Habana, 1929.

<sup>14</sup> Véanse al respecto los trabajos de Juan Guiteras, «Estudios demográficos. Aclimatación de la raza blanca en los trópicos», *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, t. 50, La Habana, 1913, pp. 98-118; «La inmigración china», *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, 1913-1914, pp. 558-565; así como los debates recogidos en las Actas de las sesiones públicas ordinarias del 27 de junio y 28 de noviembre de 1913, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, pp. 92-97 y 553-557, respectivamente.

<sup>15</sup> Ramiro Guerra, *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, La Habana, Librería Cervantes, 1924, pp. 28, 112, cfr., Arcadio Díaz Quiñones, «El enemigo último: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira», *Op. cit.*, núm. 7, San Juan, 1992, pp. 9-68.

La ciencia contribuyó aportando argumentos en la tarea de equiparar el término raza con cultura, que como ya apuntamos derivó en la segunda mitad del siglo XIX en la equiparación de raza con nación. Esta conceptualización, utilizada en la década de 1880, permaneció con fuerza en muchos países del continente americano, al menos en las primeras tres décadas del siglo siguiente. Dichos argumentos permearon al menos en las esferas de poder, en muchas de las cuales los científicos tuvieron una actuación directa, y sirvieron para legitimar el poder del «blanco» frente a la población de color. Algunos de estos profesionales, que ocuparon cargos en la administración, sirvieron los útiles y conceptos que marcaban las diferencias entre las poblaciones de distinto origen étnico; a partir de ellas se pudo justificar moral y legalmente la exclusión<sup>16</sup>. El paradigma del hombre blanco como único capaz de generar progreso se alimentó de los postulados científicos, que no sólo le situaban en el centro del universo, sino que relegaban a planos inferiores a los mestizos y a las poblaciones negras. El color de la piel era, de esta manera, un síntoma más, pero lo que realmente se castigaba era el mestizaje. Los llamados híbridos tenían distinto tratamiento, según el lugar que ocupaban en la escala evolutiva las poblaciones que hubieran intervenido en la mezcla. Los híbridos fueron considerados, en muchas ocasiones, individuos degenerados y antisociales, incapaces de reproducirse más allá de la cuarta generación. La extrapolación del concepto de degeneración a toda la sociedad fue otro de los factores que contribuyeron a reforzar el rechazo de todos aquellos que no fueran «aptos».

La composición multiétnica de Cuba provocó un apasionado debate sobre la posibilidad y consecuencias de la reproducción de los mestizos entre los seguidores de las teorías más radicales de Gobineau, defensores de la incapacidad del mestizo para evolucionar y reproducirse más allá de la tercera o cuarta generación, debido a que eran individuos degenerados, que la propia selección se encargaría de eliminar<sup>17</sup>, y aquellos otros que como Enrique J. Varona consideraban que el cruzamiento entre poblaciones, siempre que fueran cercanas en la escala evolutiva, era beneficioso para la «raza» inferior. Sus planteamientos fueron apoyados por Armas, quien defendió que la heterogeneidad era el factor que hacía que los pueblos evolucionasen y se transformasen en pueblos poderosos, como lo habían demostrado algunos casos y, en particular, los romanos y americanos. Según él la selección natural se encargaba de que las «razas» inferiores no se perpetuasen, «vemos los mulatos no procrean más allá de una o dos generaciones»<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> Algunos autores han estudiado cómo la discriminación del «otro» fue la matriz que desde presupuestos pseudocientíficos ayudó a consolidar el poder de las oligarquías en América Latina, Patricia Funes y Waldo Ansaldi, «Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana», *Cuicuilco*, vol. 1, núm. 2, septiembre-diciembre, México, 1994, pp. 193-229.

<sup>17</sup> Joseph Arthur Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, 4 vols., Paris, 1853-5.

<sup>18</sup> «Acta de la sesión pública ordinaria del 6 de mayo de 1883», *Actas de la Sociedad...*, págs. 155-158.

El mestizaje fue considerado por muchos intelectuales, en distintos momentos, y en países como Perú, Cuba, México, Uruguay, Bolivia, Argentina, Colombia... la causa del retraso y, en general, de todos los males. El cholo, el mulato, el salto atrás, el cuarterón, el zambo fueron acusados de ser los que entorpecían el progreso, al carecer de determinadas cualidades y ser incapaces de alcanzar el desarrollo intelectual innato en el hombre blanco; la solución estribó, según los países y los períodos, en la educación y en la tráfida masiva de inmigrantes blancos. Dichos inmigrantes garantizarían la reproducción de la población cubana blanca, la única capaz de reproducirse continuamente sin degenerar, en contraposición a los mestizos que, a corto plazo, terminarían por extinguirse. La inmigración fue el tema central de la Quinta Conferencia de Beneficencia y Corrección de la Isla de Cuba<sup>19</sup>, que tuvo lugar en Santiago de Cuba en 1906, donde se abordaron cuestiones relativas al tipo de inmigrante deseado, lugares de procedencia, intervención del Estado en los asuntos migratorios y medios prácticos para lograr dicha protección, etc.<sup>20</sup> Las conclusiones a las que llegaron sus asistentes son los antecedentes de la política migratoria cubana seguida en los años siguientes, y además sirvieron como refuerzo a las tesis contrarias al chino y al asiático en general, acusados no sólo de ser «infieles y bárbaros», como en el siglo XIX se decía, sino de ser homosexuales, alcohólicos, inmorales, fumar opio, portar enfermedades contagiosas y no integrarse en la sociedad. Las diferencias culturales de los chinos tanto con los blancos como con los negros impediría, como ya se había demostrado a lo largo del siglo XIX, que se amalgamasen con la población. Enemigos del progreso y la «civilización», su entrada debía prohibirse definitivamente. Algunos autores incluso llegaban a decir de ellos que en Cuba nunca habían sido un factor social ni un factor de producción, y que su presencia sólo fue nefasta para la civilización<sup>21</sup>.

La desigualdad del negro y del blanco en distintas esferas de la vida republicana cubana se trató de justificar no sólo por su nivel cultural inferior, sino a través de argumentos que presentaban a la población negra como una negación de las cualidades del pueblo cubano, a cuya historia y formación, decían algunos, en nada había contribuido. Al negro le estaba vedada la entrada en ciertos clubs y sociedades, el paseo por algunos parques, la entrada a hoteles, cines y otros espectáculos, además de tener el trabajo restringido a determinados puestos. La correlación étnica por grupos profesionales demuestra el desplazamiento del trabajador negro de algunas ocupaciones como gerentes, dueños de fincas, administradores, profesionales etc., mientras que siguió ejerciendo los

<sup>19</sup> *Conferencia de Beneficencia y Corrección de la Isla de Cuba*, La Habana, Librería y Papelería La Moderna Poesía, 1906.

<sup>20</sup> Entre los participantes a esta Conferencia estaban los doctores Juan Santos Fernández, Diego Tamayo, Federico Córdova, Ramón Meza (también novelista), Guillermo Dolz, así como el pedagogo Omelio Freyre, el etnólogo Fernando Ortiz y el abogado Luis de Solo.

<sup>21</sup> Ramón Meza y Suárez Inclán, *La inmigración útil debe ser protegida*, La Habana, Imprenta «La Moderna Poesía», 1906.

oficios artesanales que desempeñó a lo largo de los siglos anteriores y ocupó los trabajos más duros<sup>22</sup>. Cualquier acontecimiento era un buen pretexto para arremeter contra las poblaciones no blancas y elaborar un discurso a favor de la entrada de españoles. La participación en las guerras de independencia fue un motivo de alarma recurrente para la elite blanca, que interpretó cualquier reivindicación de los de color como un intento para lograr la supremacía y el control del país, como ocurrió con la llamada guerra de color de 1912<sup>23</sup>.

Esta presentación de la sociedad y cultura cubanas como «blancas» fue contrarrestada con la creación de otros imaginarios más complejos en los que, con una intencionalidad política clara, se ampliaba a otros grupos étnicos y culturales la participación en el imaginario nacional, a la vez que se edificaba una memoria histórica que coincidía con el imaginario. En este rescate del pasado la sociedad actual, idéntica a la comunidad histórica que conformaba el imaginario, era el resultado de la mezcla y fusión de todos y cada uno de los elementos que a lo largo de los siglos se habían ido asentando en los campos cubanos. Fernando Ortiz fue el generador de esta idea y el que con mayor ímpetu y academicismo supo dotar a este imaginario de contenido. La elaboración de la memoria histórica le sirvió para legitimar el presente y defender los aspectos que más le obsesionaron, la identidad y la soberanía nacional<sup>24</sup>. Aunque Ortiz fue el intelectual que jugó un papel mayor en la elaboración de esta nueva visión de la cubanidad, sin embargo en su empresa no estuvo solo. Otros intelectuales contemporáneos lucharon por los mismos ideales que él e intentaron cambiar la sociedad. Su crítica amarga a la corrupción política y administrativa, a la dependencia económica, a la falta de soberanía, a la pérdida de los valores e ideales por los que se había luchado en la última guerra se tradujo en la creación y de-

<sup>22</sup> Aunque la integración de la población de color a lo largo del siglo xx se fue produciendo, según muestra en el estudio ya citado de Alejandro De la Fuente, éste fue un proceso muy lento y que en la actualidad aún continúa sin completarse. Téngase en cuenta que fue en 1894 cuando se ratificó el decreto de 1885 por el que se concedía a los negros y mulatos la entrada libre a establecimientos y lugares públicos, así como el derecho a la instrucción primaria. Frente a aquel autor, Aline Helg nos presenta una sociedad más dividida en función del color de la piel, en la que la población de color, tras haber luchado por la independencia, fue desplazada y marginada de la vida política y social, véanse: *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill & London, The University of North Carolina Press, 1995, «Sentido e impacto de la participación negra en la guerra de independencia de Cuba», *Revista de Indias*, núm. 212, Madrid, CSIC, 1998, pp.47-63.

Uno de los últimos estudios sobre la estructura social en Cuba en el siglo xx es el de Jorge Ibarra, *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1995.

<sup>23</sup> La Guerra Chiquita, 1879-1880, al frente de la cual se encontraban hombres de color, fue denunciada por la prensa como una guerra de razas; el miedo suscitado entre la población motivó que algunos hacendados, que durante la Guerra de los Diez Años se habían abstenido, proclamasen «Cuba española antes que africana». Véase el libro de Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*, La Habana, Instituto del Libro, 1967.

<sup>24</sup> Miguel Angel Puig-Samper y Consuelo Naranjo, «Fernando Ortiz: Herencias culturales y la forja de la nacionalidad», en C. Naranjo y Carlos Serrano (eds.), *Imágenes e imaginarios del Ultramar español*, Madrid, CSIC (en prensa).

finición de la sociedad cubana como una sociedad homogénea, en la que la heterogeneidad étnica y cultural que la caracterizaba no fuera un factor de debilidad sino de riqueza. El nacionalismo y patriotismo de estos intelectuales, muchos de ellos integrantes del Grupo Minorista, y cuya obra se enmarca entre 1920 y 1930, hizo que en ocasiones la pluralidad se diluyera en función de la unidad.